

Alfredo Lefebvre

Un nuevo estudio sobre Antonio Machado



CUANDO se habla de poesía y para expresar algo de lo que ella es, se formulan estos lugares comunes: “misterio inefable de la poesía”, “no sé qué de la poesía”, el hablante se sitúa —sépallo o no— en una actitud filosófica. Basta preguntarse el “qué es” para barruntar una posibilidad ontológica de conocimiento. Pero si la interrogante cae sobre la poesía, la respuesta surgirá de un campo naturalmente apto para la indagación, porque —si miramos— cuando Heidegger declara que la poesía es la fundación del ser en las palabras, y nada más hondo se ha dicho modernamente, o Unamuno dice de ella que es el verbo hecho mundo o si un Pfeiffer apunta que su virtud es revelar el ser de la existencia, lo que sucede —generalizando estos tres bellos cortes en la esencia de lo poético— es que nos están tratando de concentrar en un juicio la intuición que expresa el sentido trascendente del fenómeno poético, aquél que lo constituye en un objeto metafísico, y por el cual Pedro Salinas escribió que la poesía es una aventura hacia lo absoluto.

Hay poetas que, frente a su oficio y vocación, experimentan con urgencia de corazón y de inteligencia el arcano que les arrastra las palabras de los versos, y en ese vuelo sufren los límites de la condi-

ción genérica del lenguaje; entonces se ven abocados a pensar, a escribir o a poetizar sobre el mismo enigma; hay en ellos una meditación inagotable de lo que es la poesía.

Así fué Antonio Machado.

Otros hablan de cosas, a primera vista triviales, del diario suceder o del inquietante hecho de sentirse existiendo; pero en el conjunto de la obra que acumulan divisamos de pronto unas como adivinaciones, unas luces, como si en ellas se realizasen mejor aquellas palabras de Max Scheller: en el hombre se cruzan las esencias todas del universo. Lo que puede leerse en ellos, casi por dentro de sus palabras, requiere un esclarecimiento que corresponde a las disciplinas filosóficas.

Así fué Antonio Machado.

En otros, todavía, o en los mismos, la poesía se les extiende más y más como vía cognoscitiva —sin intención discursivo racional— ya para expresar el ser interior, esa parte del hombre, nuestra incommunicable diferencia individuante, o para atender a las grandes preguntas que plantea la existencia por el hecho de saberse estando en el mundo, obligados a *ver*, llamados por una visión que se da volando.

Así fué Antonio Machado.

Todos ellos son los poetas metafísicos y son pocos. Antonio Machado lo es principalísimo entre los españoles modernos. La exégesis de los poetas metafísicos es la más difícil, porque no basta una sensibilidad incisiva ni una erudición ontológica; es preciso estar saltando con veloz agilidad del orden sensible y concreto del poema a la conceptualización abstracta de la teoría o del análisis fenomenológico y de éste volver al verso en cuanto tal, y así, con un régimen de flúido alterno que desprende descargas del pensamiento en el fondo del canto y sigue estrechando y distinguiendo sucesivamente la fraternidad que don Miguel de Unamuno vió inseparables entre filosofía y poesía.

Al encontrar superados esos riesgos de la interpretación literaria profunda en el notable estudio del escritor y catedrático español,

Segundo Serrano Poncela sobre Antonio Machado, su mundo y su obra (1), nos parece leer uno de los estudios más importantes, el mejor que hasta el momento se ha escrito sobre el poeta, porque el autor manifiesta doble intuición, filosófica y poética, y opera con la alternancia que señalábamos.

Una vez un becario italiano quiso estudiar a Machado. Consultó a Dámaso Alonso. —“Ud. tiene que estudiar la filosofía de Heidegger”, respondió el maestro. Escándalo del becario. No era un consejo desmedido. Había aparecido el trabajo excelente de Carlos Clavería, “Notas sobre la poética de Antonio Machado”, que expone serias referencias sobre los nexos heideggerianos del poeta, y circulaban las ediciones de las prosas de Mairena, donde se alude varias veces al filósofo alemán.

Pues bien, el estudio de Serrano Poncela es el de un hombre adentrado en todas las corrientes del existencialismo filosófico, de manera que establece vivamente la correspondencia entre ambas disciplinas, desde el comienzo hasta el fin. Se ve, en primer lugar, al escritor que huye de los lugares comunes literarios, nunca refiere aspectos de crítica trivial. Es que él maneja los directos órganos de observación que proceden del movimiento que busca en la *stimmung* o *temple* creador, el significado de la creación artística”. Es que él ha recogido todo el trasfondo metafísico de Machado y distribuyéndolo por temas alcanza a mostrar mucho más que con análisis formales lo que es esa poesía y lo que el poeta busca a través de sus ojos y a través de sus sentimientos.

Serrano Poncela se coloca en la altura de su intuición para mirar todo lo que puede y así, sin parecernos arbitrario ni encerrado en

(1) Segundo Serrano Poncela: *Antonio Machado, su mundo y su obra*. Editorial Losada, Buenos Aires, 1954, 226 págs.

Otros títulos del mismo autor: *El Pensamiento de Unamuno*. F. C. E., México, 1953, 265 págs.; *Las generaciones y sus constantes existenciales*. Rev. “Realidad”, Buenos Aires, julio-agosto 1949, 32 págs.; *Amor y apetito en el teatro clásico español*. Rev. “Asonante”. San Juan, Puerto Rico, 17 págs.; *La novela española contemporánea*. Rev. La Torre, N.º 2. Universidad de Puerto Rico, 1953, 24 págs.; *Qué es la literatura*. Rev. La Torre N.º 4, Universidad de Puerto Rico, 1953, 27 págs.

su orbe, sino al revés, contentos de oír su rigor, afirma: "Una poesía que no contenga en su fondo el sentimiento de la situación original del hombre, lo que llamaríamos la pregunta por la existencia, ofrece serias dudas en cuanto a su legitimidad poética" (pág. 119). Esa pregunta está expresada y referida al poeta: "Pudiéramos decir que Machado busca una respuesta a una pregunta tradicional en la filosofía de occidente, nunca bien contestada en su totalidad: ¿quién soy yo?, ¿qué es el hombre?" (pág. 77). Tendríamos ejemplos que mostrarle de poesía chilena.

Desde allí se contemplan los siguientes temas existenciales, que lo son muy privativos de la poesía machadiana:

La pregunta por la existencia,
El mundo de los existentes,
El hombre situado en el mundo,
El tema del tiempo,
El tedio, la angustia y el sueño, vías hacia la existencia auténtica,
El hombre como ser para la muerte,
La búsqueda de Dios,
La erótica: la mujer y Don Juan.

Nos impresiona en especial, en cuanto nos incita a meditar sobre nuestra poesía nacional, el acápite sobre el mundo de los existentes; desde luego, no tiene esto nada que ver casi con el estudio de Julián Marías titulado "Antonio Machado y su interpretación poética de las cosas" (CuH, 1949, N.º 11-12, 307-321). Ambos, sí, nos hablan de las cosas. Además, esto nos interesa particularmente, porque la multiplicidad de objetos con los cuales nos ayudamos para desarrollar la existencia temporal y espacial sería una de las muestras más alucinantes de la imperfecta vinculación cósmica del hombre con el mundo...

Si es visible en los versos del poeta una singular relación entre hombre y "circunstancia", sobre todo la que se forma con elementos de paisaje, "yo creo ver en la poesía machadiana, en apariencia tan ocupada en cuestiones "humanas", un trasfondo de constante presencia del mundo de las cosas, todas cargadas de vida, y a su vez,

bebiendo vida del hombre para subsistir... Para Machado las cosas son una prolongación del hombre y éste a su vez no es totalmente hombre sin ellas" (pág. 102).

El autor habla de franciscanismo laico; distingue tres formas de comunicación entre el hombre y aquel contorno de objetos: la simple existencia de las cosas, mientras el poeta "deja que ellas emitan su lenguaje"; el intento de diálogo con las cosas, y en un grado más hondo la transferencia al símbolo que el mundo de las cosas alcanza en los versos. Esto va mucho más lejos que el concepto de símbolo bisémico de que habla Carlos Bousoño en "Teoría de la expresión poética" (Gredos, Madrid, 1952).

Todo esto se ilustra, aparte de los textos, con las opiniones de Mairena sobre el pintor Gutiérrez Solana. Pero si para el lector no tuviese interés el punto destacado, que se imbrica íntimamente a los otros, nosotros sabemos que se nos abre una brecha para la observación de nuestra lírica nacional, donde la presencia concreta del contorno del poeta es nota esencial.

Ya se puede ir divisando que las sugerencias que provoca el rico y denso libro de Segundo Serrano Poncela no son para una simple reseña sino para verter en un largo ensayo todas las posibilidades del libro; desde luego debemos advertir que su lectura puede enseñar mucho sobre lo que es y no es poesía legítima; hay páginas en las que se confrontan textos auténticos y falsos. Siempre se controla en él la poesía desde la interioridad del poeta y no desde su condición formal; la medida del temple es aquí la clave: "La poesía, intento de expresión auténtica del ser, está empapada de temple afectivo y su ausencia implica ausencia de poesía aunque las formas poéticas se den" (pág. 71).

Al fin, todo el libro de Serrano Poncela proporciona una imagen casi inédita de Antonio Machado, dada fragmentariamente en tal o cual trabajo, pero nunca hasta ahora en una extensa monografía. Con penetrante luz filosófica se la construye, estructurando la "manera de estar en el mundo" del poeta, su andadura en el tiempo y también su historicidad, o sea, la fijación en una época a la generación del 98,

de la cual es el poeta representativo. En este aspecto aparecen las vinculaciones con los otros contemporáneos, algunas no tratadas anteriormente como la influencia de Unamuno y Azorín, ésta —por cierto— en la captación del paisaje, la otra en el pensar existencial.

En esta zona del libro la independencia intelectual del autor le permite disentir de la habitual estimativa de poemas de Campos de Castilla; él ve cómo el compromiso generacional obstruyó con un poco de retórica la espontánea expresión de la interioridad del poeta. En todo el libro se anima este espíritu de deslinde entre lo estrictamente poético y todo lo demás con que externamente se puede hacer un poema no auténtico, aunque cumpla con un “servicio poético de segundo grado”.

El autor ha tenido la suerte de disponer de un valioso material inédito de Machado que se ha ido publicando en “Cuadernos Hispanoamericanos” de Madrid. En el libro viene la bibliografía del caso, para no repetirla aquí. Son apuntes, notas, diario, reflexiones, que Machado tituló “Los Complementarios”, el mismo que usó para atribuirle obra poética a su Abel Martín. A través de esos fragmentos, Serrano Poncela ha podido comprender cosas curiosas. Por caso explicar el significado que en la vida y obra del poeta tuvieron esos dobles suyos: Abel Martín y Juan de Mairena. Hicieron en cierto modo el juego peligroso del conocido socio de la novela: “Como sucede en el caso de creaciones imaginarias llevadas a cabo con elementos profundos de la vida personal, el ente así creado va substituyendo poco a poco al creador”... Pero a Machado le procuraron —nos dice Serrano Poncela— la máxima libertad expresiva”.

Y tenía que venir en el libro el sello singular que hace del poeta un vate de sí mismo. Tuvo que suceder en Antonio Machado como en tantos otros casos impresionantes. Sabíamos el lugar de su muerte, el hotel del pueblecito de Colliure, pero no sabíamos que había fallecido al mediodía. Esto no tendría nada de particular si no fuera que Serrano Poncela nos cita el siguiente poema que se cubre de premoniciones, escrito, por cierto, mucho antes, tal vez de 1902, cuando sus veintisiete años:

*Daba el reloj las doce... y eran doce
golpes de azada en tierra...
... ¡Mi hora! —grité—... El silencio
me respondió: —No temas;
tú no verás caer la última gota
que en la clepsidra tiembla.*

*Dormirás muchas horas todavía
sobre la orilla vieja,
y encontrarás una mañana pura
amarrada tu barca a otra ribera.*

